

TRIBUNA

LA FRASE DEL DÍA >
DIEGO BALESTRA
PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE
INDUSTRIAS



«La conflictividad es un dato de la realidad. Los empresarios hablamos de esto desde el principio del gobierno anterior. No nos escucharon. Esto es consecuencia de una política errada»

CON FIRMA

COMPROMISO E INDEPENDENCIA

ADOLFO GARCÉ (*) ESPECIAL PARA EL OBSERVADOR

Por lo demás, lo que aprecio en el intelectual (...) es la independencia, que distingo de la indiferencia”
Norberto Bobbio(1)

El presidente José Mujica se enojó. Es comprensible y, obviamente, está en su derecho. En su audición del viernes en M24, polemizando con algunos análisis (en particular, con la resonante intervención pública de la semana pasada de Ernesto Talvi), afirmó: “iDurante toda la vida nos han dado palo, el periodismo independiente, la politología independiente. Para nosotros no existe la independencia, existe el no compromiso”. El tema de fondo, eso es, la relación entre el compromiso político y la independencia, es lo suficientemente interesante en sí misma como para dedicarle unas líneas.

Quisiera empezar por enfatizar que soy de los que celebra sinceramente la militancia partidista. No hay democracia sin partidos. Y no hay partidos sin militantes, sin gente capaz de consagrar, días, meses, años, a la causa en la que legítimamente creen. Sin personas como Mujica (o como Lacalle y Sanguinetti), que dedicaron la vida entera a luchar por sus ideales, no habría partidos políticos. A todos ellos, a los que se dedican a la militancia política y a la construcción de partidos, los ciudadanos les debemos nuestro mayor reconocimiento.

Pero el compromiso político partidario no es el único compromiso público posible. Siempre

han existido otras modalidades de milicia cívica. El trabajo cotidiano, esforzado como pocos, de las organizaciones, tanto religiosas como laicas, en los barrios pobres, es uno de los primeros ejemplos que me vienen a la cabeza porque es realizado desde una perspectiva al menos tan altruista como la del militante de un partido. Pero hay otros ejemplos. La maestra rural, el empleado público que dedica su vida a hacer bien, y cada día mejor, el trabajo de su oficina, el empresario con sentido de responsabilidad social, el periodista que piensa en el interés del público a la hora de buscar y divulgar las noticias, el cientista social que dice lo que piensa, procurando esencialmente ser fiel a su vocación, la de producir y disseminar conocimiento útil, son algunos ejemplos entre tantos posibles de intenso compromiso no partidista con los desafíos y problemas de una sociedad dada.

Es perfectamente comprensible que Mujica, como cualquier militante de un partido, prefiera a los intelectuales “orgánicos” sobre los independientes. Los partidos se fortalecen cuando se nutren de intelectuales y se debilitan cuando, como ocurriera con los partidos tradicionales hace medio siglo, el flujo migratorio se produce en el sentido inverso. Al mismo tiempo, los intelectuales se benefician participando en la política. A su vez, el contacto con los partidos, como hace tiempo enseñó Aldo Solari, vuelve a los intelectuales más realistas y, agregó yo, un poco menos prejuiciosos. Pero, aunque a menudo no lo adviertan, a la corta o la larga, los partidos también se benefician de la participación de los intelectuales independientes en la vida pública. Los intelectuales independientes molestan: disputan, y muchas veces exitosamente, el espacio en los medios de comunica-

ción y en el delicado terreno de la formación de la opinión pública con los dirigentes de los partidos. Pero, diciendo sus verdades (siempre precarias, falibles por definición), los intelectuales independientes desafían a los partidos a dar lo mejor de sí mismos. En el corto plazo son mortificantes, pero en el largo plazo, decididamente estimulantes.

La historia de la izquierda uruguaya ofrece abundante evidencia empírica para sustentar esta hipótesis. El FA no es producto solamente del esfuerzo militante y unitario de los partidos políticos de izquierda. Además, es hijo de la crítica sistemática al desempeño de los partidos tradicionales que realizaron, durante décadas, los intelectuales que se fueron, con buenas razones, alejando de los viejos lemas. No es posible explicar la unidad de la izquierda sin Rodney Arismendi y el esfuerzo

estratégico de los comunistas. Pero, ¿cuánto le debe el Frente Amplio a la revista Marcha y a su legendario director, don Carlos Quijano, quien fuera, durante mucho tiempo, el arquetipo del intelectual independiente en Uruguay? Mucho, muchísimo, y Mujica lo sabe muy bien.

La independencia respecto a los partidos existe, aunque muchos líderes políticos, entre ellos nuestro presidente, no lo crean posible. Pero independencia, como enseñaba Bobbio, no es sinónimo de indiferencia. Militar en un partido no es la única forma de compromiso cívico. El dirigente político que piensa así o está mal informado o padece de un ataque de soberbia. Desde luego, es muy bueno que los partidos tengan intelectuales. Pero tan útiles como los intelectuales alineados, son los otros, los siempre irritantes intelectuales independientes. Claro está, no son “políticamente confiables”: hoy acarrean agua para un molino, mañana para el otro. El hecho de que no se dediquen a la búsqueda de votos y a la construcción de partidos políticos no los hace (no nos hace) mejores que nadie. Pero tampoco peores, ni menos comprometidos con los asuntos públicos.

(1) Bobbio, Norberto, *La duda y la elección*, Paidós, Barcelona, 1988.

(*) Adolfo Garcé, *Magíster en Ciencia Política, Docente e Investigador en el Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR*



THE SÓTANO

POR
EDUARDO
ESPINA

MAGIA Y PERFECCIÓN COLECTIVA

De vez en cuando —muy raras veces— un deporte de equipo ofrece espectáculos perfectos. Son esos momentos de histórica excepcionalidad que resultan difíciles de catalogar lógicamente y justificar con palabras. Anteayer el Barcelona dio una muestra de fútbol de

esas tan insólitas que trascienden la historicidad del momento. Cinco goles cualquier equipo puede meterle a otro. Jugar un partido perfecto es algo distinto. En béisbol, único deporte que utiliza esta terminología, hay, sí, partidos considerados “perfectos”: son aquellos donde la excelencia de un jugador, el lanzador, inmoviliza la ofensiva del contrario y logra lo que en la jerga de ese deporte se llama “blanqueo”, es decir, dejar al rival en cero. El lunes, el estilo del ballet Bolehoy, en sus buenos tiempos, fue emulado con impagable efectividad por un equipo de fútbol, pues el Barcelona brindó un espectácu-

lo de los que obligan a preguntarse: “¿Fue real lo que vimos?” No fue casualidad. Al talento, en cualquier disciplina, hay que ayudarlo y la única forma de hacerlo es mediante mucha práctica. Inspiración y constancia. Por lo tanto, el observador inteligente de una *performance* semejante ha de preguntarse, ¿cuántas veces practican ese estilo de juego y de qué forman lo hacen? Cómo, en tiempos cuando pocos son los equipos de fútbol en el mundo que consiguen dar tres pases seguidos, lograron tocar la pelota 22 veces antes de hacer el segundo gol. La perfección suele estar asociada con la ausencia de error y en este ca-

so, la ausencia fue absoluta. Si el partido hubiera durado media hora más habrían llegado sin dificultad a la decena de goles, pues los 600 pases que hicieron los jugadores de Barcelona durante los 94 minutos disputados no solo destacan el dominio absoluto sobre el rival sino por sobre todo la perfección de un estilo caracterizado por la imprevisibilidad dentro de lo establecido. Allí, justamente, reside la magia: Barcelona siempre juega igual, pero hasta ahora nadie ha podido replicar su estilo ni desarticularlo cuando sus 11 *players* están inspirados.

eduardoespina2003@yahoo.com